



NO ES PAÍS PARA FIESTAS

La pavorosa agenda del presidente Rajoy: bloqueo económico y financiero, estrés territorial y crisis de la Corona

CUANDO Mariano Rajoy suba al ambón del Congreso para pronunciar su discurso de investidura habrá culminado su mayor sueño político en las condiciones más amargas. Si ya en el momento de su arrolladora victoria electoral las circunstancias eran tan críticas que desaconsejaban cualquier tipo de celebración festiva —«no está el país para cenas», dijo el presidente recién electo a sus partidarios gallegos que querían darle un homenaje—, el largo período de traspaso de poder ha desembocado en un empeoramiento dramático que no compensa la ejemplaridad modélica de una transición sin reticencias ni dobleces.

En este mes de tránsito Rajoy ha podido hacerse cargo de la magnitud de la crisis financiera que ahoga al Estado en medio de la acrecentada zozobra del euro. La incertidumbre monetaria europea convierte las necesidades españolas de liquidez en un albur cuyas incógnitas sobrepasan las de la ya de por sí comprometida aventura de ajustar el déficit y culminar la reforma del sistema bancario. Dicho de otra manera, no va a bastar con la condición necesaria de cuadrar unas cuentas nacionales fuertemente descompensadas; ese esfuerzo imprescindible depende ahora también de que la UE resista sus fortísimas tensiones de desequilibrio interno.

Además, el nuevo mandatario español acaba de comprobar por sí mismo el segundo problema al que va a enfrentarse: un conflicto territorial que constituye quizá el peor legado de la etapa zapaterista. Los tanteos parlamentarios de los testaferreros de ETA apuntan a una legislatura de suma complejidad sometida a un intenso estrés soberanista, que puede volverse inmanejable si los nacionalismos vasco y catalán se suman al demarraje radical. A esa tensión sobre el modelo de Estado habrá que añadir la gestión de la herencia envenenada de los acuerdos para el cese del terrorismo, un asunto sensible que el Gobierno tendrá que manejar como si manipulase un bote de nitroglicerina: con tanta determinación como delicadeza.

Pero si estos dos formidables breches —la crisis económica y la territorial— constituían en todo caso parte de la agenda prevista, en las últimas semanas ha surgido un contratiempo inesperado. El desagradable caso *Urdangarin* se ha atravesado en la escena pública como un camión en una carretera, amenazando el prestigio de la única institución que hasta ahora quedaba a salvo del desgaste general y comprometiéndolo a la Corona en un diabólico debate sobre el sentido de su ejemplaridad simbólica. Le guste o no a Rajoy, su Gobierno está obligado a implicarse con decisiones políticas y tal vez legislativas en la restitución de la autoridad moral de la Jefatura del Estado. En la hora de la verdad no habrá problema del que pueda desengancharse, y éste resulta esencial porque si algo le faltaba a una nación asomada a la vez a varios abismos era que se desatornillase su último anclaje.